el imparcial
DIARIO INDEPENDIENTE

Guatemala, América Central, sábado 27 de enero de 1962

INGLATERRA AHORCA Y MEXICO JALA LOS PIES

Por Virgilio Rodríguez Beteta

Todos los superiores talentos de Daniel Webster, Secretario de Estado ahora en el accidental gobierno de Mr. Fillmore, que sólo debía completar el período del General Taylor, muerto a raíz de la firma del tratado Clayton-Bulwer se tenía que estrellar ante lo imposible. Imposible era que Centro-América, dividida en cinco pedazos «soberanos e independientes» arrendara. Tan imposible como que Inglaterra desistiera de querer obligarla a arrendar, a su manera. Su manera consistía en hacer de Guatemala y Costa Rica un protectorado. No había para ello más que extender el protectorado sobre los zambos-mosquitos de la Mosquitia. Cuestión de pocas horas y de nombrar un rey mestizo, que ya lo había, para Guatemala, y un rey blanco-tico para Costa Rica. En cuanto a las tres intermedias, El Salvador, Honduras y Nicaragua, que se sublebaban contra Mr. Chatfield y trataban de formar un bloque sólido para intentar reconcas de los cañones de los barcos ingleses enfilados sobre sus cabezas y dispuestos a vomitar plomo a una señal del Rey Mosco. Ya éste también tenía su «God save the Mosco king»!

Entretanto, Centro-América..... como siempre, Guatemala acababa de aplastar en La Arada a los ejércitos coaligados de El Salvador y Honduras y se alzaban al cielo las loas en honor a Carrera, «el fundador de la república de Guatemala». El grupo de los mandarines que formaban la corte del futuro rey mestizo o en todo caso presidente vitalicio, y que por otro lado abominaban la caída de Chiapas y Soconusco en mano de México, estaban muy lejos de pensar que derrotando, abatiendo y humillando a sus hermanos de padre y madre, los otros centroamericanos, se alejaban cada día más de volver a la unidad centroamericana, única forma posible de pensar en recuperar sus antiguas provincias.

La disputa con México, consi-

Mensaje poético desde Israel

OLIVOS DE ETERNIDAD

Por TERESA FERNANDEZ HALL DE AREVALO

Desde la legendaria Jerusalén nos llega —cual blanca paloma mensajera de poesía— el pequeño volumen «Olivos de Eternidad» de Vicente Gerbasi, poeta latinoamericano que desempeña en la capital israelí el importante cargo de Ministro de Venezuela ante el gobierno de Israel.

Vicente Gerbasi tiene en su haber lírico muchos poemarios mencionados en el libro que está entre nuestras manos y así vemos que es autor de «Vigilia del Náufrago», «Bosque Doliente», «Creación y símbolo», «Liras», «Poemas de la Noche y de la Tierra», «Mi padre el Inmigrante», «Tres Nocturnos», «los espacios cálidos» y otros libros más, cuyas ediciones están agotadas por lo que el poeta tiene en preparación una antología de su labor literaria.

Las tareas diplomáticas no impidieron a Vicente Gerbasi adentrarse en el conocimiento de la topografía del país y darse cuenta de las costumbres de los habitantes, de sus luchas, de sus afanes, de sus presentes y futuros sueños y fue así como pudo en hermosos versos darnos una acabada y lírica estampa de la tierra de Israel.

Jerusalén está retratada —como un espejo— en las páginas de este libro que tiene el apropiado y simbólico título de «Olivos de Eternidad» y a través de él pudiéramos decir que casi se palpa la labor de construcción de la parte nueva de la ciudad cuando el poeta cantándole en el primero de sus versos —el dedicado precisamente a Jerusalén— dice:

«Roca a roca construyes tus moradas
y toda unida te levantas como un templo
que pasa del sol a las estrellas
en la brisa plateada de los olivos».

Y más adelante, con sabor a égloga, encontramos otra estrofa del mismo verso que refleja el paisaje jerosolimitano

«Te circundan niños, labradores, ovejas,
en claras laderas de espigas.
Y con tus pétreos precipicios corroídos,
y tus cipreses que suenan como oscuros laúdes,
y los almendros que florecen junto al cielo,
y las campanas que dan lumbre metálica al (Calvario,
resplandeces en el tiempo como una corona».

La topografía del terreno le inspira para cantar:

«También mi existencia es rocosa
como estas montañas
donde los Profetas
supieron aprovechar el sol
en su canto de yunque
golpeado en las edades.

Mis horas, mis días, mis años,
han sido a veces rocas
de pesada agonía.
Aquí las veo,
en las tierras de Judea,
ensangrentadas de flores».

Y pasando de lo exterior a lo interior nos muestra a Jerusalén por dentro

«En las angostas calles de Jerusalén,
debajo de sus balcones de oscuridad y flores,
y mujeres que ocultan su rostro
con paños negros,
oigo cánticos de mi muerte,
balidos de ovejas,
oraciones como coronas de espinas».

La noche en Jerusalén tiene especial encanto para el poeta que nos habla así de ella

«Racimo de uvas con gotas de rocío
es la noche
en las colinas de Jerusalén».

Una constelación es para su querencia la ciudad en la penumbra

«Si la miro ahora en la sombra
desde el olivar de mi corazón,
resplandece en el firmamento
como una constelación cerrada por murallas».

Pero no es sólo la noche la que le gusta en la ciudad sino también el atardecer del que relata

«Cerca de tus torres,
que en el atardecer se miran en el cielo
como en un lago,
me ensimismo con el sol de Dios entre las nubes,
mirando los rebaños
y el pastor de barba blanca
que vuelve a ti su mirada
con fuerte melancolía de profeta».

El sol es en las tierras de Israel calcinante, tanto que de él dice el poeta

«Sol,
eres fuerte y semejante a Dios
en estas tierras de milenarias trompetas».

Pero el poeta trata de copiar en su poesía no sólo el paisaje sino también al pueblo en sus labores y así el duro y constante trabajo de los israelíes que tratan de superarse y que no se arredran ante dificultades ni asperezas está explicado en los siguientes renglones que tienen fulgor de epopeya, la epopeya que vive actualmente ese pueblo de fibra recia

«Los que aran la tierra entre piedras
y huesos de milenarios antepasados,
los que cultivan viñas de transparentes brillos,
los que llevan agua a las huertas
y recogen fresas en canastas de fibras doradas,
los que cuidan el naranjo y el limonero,
el que lleva su camello por la orilla del (crepúsculo,
elevan la mirada hacia ti, Jerusalén,
toda abrigada en tus muros como una herrería,
donde las generaciones,
forjan un candelabro, o un arado,
o la trompeta que suena en las edades».

De la dura y angustiosa lucha del pueblo por conseguir agua nos damos cuenta cuando líricamente nos informa el poeta

«Los judíos han sembrado estos árboles,
han trabajado en busca de agua
y el agua ha brotado
en milagro de nuevas generaciones,
para el naranjo y para la viña,
y para que las ovejas,
en la cumbre de la colina redonda
sean semejantes a las de Job».

Evocación bíblica del trabajo femenino, (que hoy abarca hasta la milicia) hay en uno de los poemas

«En todo atardecer solitario
que ahora veo en las tierras de la Biblia,
están las buscadoras de chicoria
para la cena
olorosa a ajo».

Evoca también el gozo del pueblo representado por las danzas populares

«Tus mujeres vistieron túnicas blancas en las (callejuelas,
llevaron ramos de flores de manzano
para las danzas en las plazoletas y en las colinas
donde alegraron un vasto día».

El poeta se siente unido a Jerusalén por lazos de afecto y canta

«Soy yedra que brilla en la muralla
de esta ciudad de antiguas trompetas».

Afecto, eso es en realidad, lo que siente este poeta por Jerusalén, la cual se le ha grabado muy dentro del alma y a la que ofrece su cariño con la siguiente estrofa

«Te rodean rocosas colinas
iluminadas por gacelas.
Para ti se platean los olivos
y mi alma te ofrece luz de huertas».

Y es a través de su gran aprecio por la tierra de Israel, y de su afecto por Jerusalén, que los lectores de «Olivos de Eternidad» podemos conocer el paisaje y el ambiente israelí, reflejado lírica y pulcramente en las albas páginas del pequeño gran poemario de Gerbasi, a quien damos las gracias por la dádiva de poesía que nos enviara desde la legendaria «Jerusalén, Piedra que soporta, Jerusalén, música de David, Jerusalén, La-Ciudad-de-las-Tumbas-de-los-Padres».